

LA TRAICIÓN DE LOS MEJORES

Esquema interpretativo de la realidad política venezolana*

Mario Briceño-Iragorry

Razón

Estas páginas no constituyen acusación directa contra persona alguna, sino un examen fervoroso de nuestra conciencia nacional. En ellas, hay apreciaciones cargadas de dureza, como tiene que ser por fuerza toda exploración de este tipo. No es la primera vez que me aboco con esta clase de ensayo en torno a nuestra realidad de pueblo. Desde “*El Caballo de Ledesma*”, aparecido en 1942, he venido trabajando insistentemente sobre este mismo doloroso yunque.

Ni en aquél, ni en estudio alguno del mismo orden, he intentado presentarme en la actitud farisaica de quienes, cargados de culpas, se adelantan a arrojar piedras sobre cualquier vecino. Antes de examinar la conducta colectiva he examinado la mía propia, y con la luz que me deja el conocimiento de mis errores y deficiencias personales, procuro iluminar los caminos de quienes me siguen en el orden del tiempo. “Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal, y, consiguientemente, han impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo”, escribí al abordar el tema de la deuda de las generaciones.

Venezuela, más que de acusaciones personales, está urgida de un “*mea culpa*” colectivo. Hasta tanto no adoptemos una actitud humilde y serena frente a los problemas de la Nación, no alcanzaremos la claridad requerida para entender nuestra propia función social. Se necesita abrir un proceso de sinceridad y de austeridad capaz de llevarnos a la salvación de nuestro destino histórico. Volviendo sin cesar sobre los grandes y sobre los pequeños problemas de la sociedad y enfrentándonos a ellos con sencillez, con reflexión, sin impaciencia, lograremos hacer de la

propia evocación de nuestra historia una manera de espejo donde podamos ver con claridad, no ya los acontecimientos pasados, sino nuestro desfigurado rostro presente. Del mismo modo como en el orden teológico de la salvación recomiendan los ascetas un continuo examen de conciencia para llegar al pecado que sirve de raíz a la angustia, también en el orden de los pueblos deben hacerse constantes llamadas a la inquisición, a veces desvergonzada, de nuestra obra social. Nada importa que no se logre una inmediata y exitosa corrección de hábitos y costumbres; empero, dicho examen tiene valor de advertencia para quienes confían en la palabra de los mayores.

Estas líneas están escritas con el corazón puesto en Venezuela. En ellas rebosa la preocupación de quien desea ser útil al mejoramiento moral de un país en crisis de valores. Si no puedo ofrecer acciones ejemplares al menos puedo dar la lección dolorosa de mis errores y de mi angustia. Para hacerlo, por nada temo la maledicencia y la calumnia de quienes sintiendo placer en la destrucción ajena y queriendo reinar como tuertos, se empeñan en vaciar los ojos de los demás. Fácil cosa es hacer caminos, tender puentes, abrir túneles, levantar gigantescos edificios. Al lado de los afortunados constructores de las obras materiales, por muchos tomadas como testimonio del progreso nacional, precisa, también, y aun con mayor urgencia, la labor sencilla de quienes procuran que, junto con los grandes materiales, se abran anchos caminos por donde se vaya a la realización del humano destino de libertad y de decoro que persigue la cultura universal. De nada sirven vías y palacios por donde transitan y donde viven hombres sometidos a la tortura del miedo y de la persecución.

San José de Costa Rica, Febrero de 1953.

**Obras Completas*. Vol. 11. Ediciones del Congreso de la República. Caracas, Venezuela, 1991. p.p. 311-401.

Si enderezareis al bien vuestras acciones, si administrareis justicia entre hombre y hombre, si no haciereis agravio al forastero, y al huérfano, y a la viuda, ni derramareis la sangre inocente, y no anduvieréis en pos de dioses ajenos para vuestra misma ruina, yo habitaría con vosotros en este lugar, en esta tierra que di a vuestros padres, por siglos y siglos, dice el Señor.

Jeremías, 7- 5,7.

Yo ví lo mas notable de lo mío, llevado del demonio, y Dios ausente.

Miguel Hernández.

Tema por demás trajinado resulta ya el de la formación de una conciencia de autonomía en los viejos Cabildos de América, cuando apenas se iniciaba nuestra vida civil en el siglo XVI. Los hombres que se echaron a la conquista de este hemisferio traían en su acervo concienical el tradicionalismo rebelde de los viejos Cabildos peninsulares y el ímpetu individualista que caracteriza al español. De todos conocida es la rebeldía de los cabildantes de Coro, que, a la muerte del Gobernador y Capitán General Alfínger, desconocieron la autoridad de su teniente gobernador y declararon que el poder recaía, mientras proveyese el Rey, en los representantes del común.

Empezó, pues, nuestra vida institucional por el repudio que dieron los personeros de la nueva comunidad a un gobernante que sólo tenía de apoyo la fuerza prestada por una presunta sucesión en el orden del mando. La insistencia de los Cabildos en la defensa de esta prerrogativa, culminó con la Cédula de 8 de diciembre de 1560, por medio de la cual el Rey reconoció a nuestros Ayuntamientos derecho de ejercer el gobierno de las ciudades a la muerte de los gobernadores.

Al abrigo de los Cabildos se fue creando un sentimiento de arrogancia en el criollo. Luego, la posesión de tierras labrantías y de anchas sabanas donde engrosaban los rebaños, le sirvió de punto de apoyo para desarrollar el heredado sentimiento de “gana” que caracteriza la estirpe hispánica. Sobre el suelo vegetal, a falta de ricas minas, como acurrió en otras porciones del mundo de las Indias, se fundamentó la antigua riqueza que dio contornos de clase a nuestra oligarquía colonial.

Cuando comenzó el siglo XVIII, ya las diversas regiones que llegarían a formar en 1777 la Gran Capitanía General de Provincias Unidas de Venezuela¹ contaban con una definida oligarquía,

¹Esta denominación no tuvo carácter oficial durante la época colonial. Yo la he usado en mis trabajos de Historia para distinguir la Venezuela de 1777, es decir nuestro actual territorio nacional, de la primitiva Venezuela compuesta por los Estados

a cuyo lado las otras clases, compuestas por los indios, los esclavos, los pardos libres y los mestizos y criollos de oficios comunes, hacías una vida de privaciones y de trabajos, abultados aún más por los distingos derivados de los varios niveles económicos y culturales.

Ocurrida en La Española la revolución de los negros, fueron enviados a Venezuela elementos peligrosos al orden monárquico. Pronto los inmigrados se dieron a regar entre los de su clase las nuevas ideas de libertad y de igualdad. Así se haya dicho que las ideas liberales del siglo XVIII y las arengas de los convencionales de Francia entraron en Venezuela bajo el sigilo de los antiguos empleados de la Guipuzcoana y al amparo de las sotanas de algunos clérigos de ideas avanzadas, bueno es agregar el valioso elemento divulgativo que llegaron a constituir negros y mulatos. Al pintar en mi libro “Casa León y su tiempo” el estado social de Venezuela a fines de aquel siglo, hace especial referencia a una información producida por el Obispo de Caracas, relativa el papel de agitador que se atribuía al mulato Juan Bautista Olivares, músico de capilla del Oratorio de San Felipe Neri. Recientemente publiqué en “Cronica de Caracas”, y de él hice comentarios en mi columna del diario caraqueño “El Nacional”, un Bando de Buen Gobierno, ordenado por el Presidente y Gobernador don Manuel Guevara Vasconcelos, el año 1806, por el cual se prohibían las reuniones de negros, pues éstos andaban en propaganda sediciosa, y se impedía, a la vez, la entrada de esclavos que no fueran bozales, pues los de las Antillas se consideraban tomados ya por las ideas subversivas de la hora.

No fue un mero problema de alcabalas lo que movió la revolución de Chirinos en la Sierra de Coro. Hasta los loangos de Tierra Firme había llegado el eco de las palabras tremendas que conmovían la conciencia del mundo. Si hubo, y en agrado eminente, los canales, lógicos de la expansión a través de libros y demás impresos que llevaron las ideas del momento hasta la mente vigilante de los grandes criollos², es preciso reevaluar para las clases desheredadas –negros y mulatos– el mérito de haber sido también divulgadores de las enérgicas voces que hasta ellos llegaban a través del tornavoz de La

Trujillo, Lara, Falcón Guanare, Yaracuy, Cojedes, Guárico, Carabobo, Aragua, Miranda y el Distrito Federal.

² Buen tema de estudio sería investigar las denuncias hechas a las autoridades de Caracas a fines del Siglo XVIII, en relación con libros sediciosos que circulaban en el país. En la Sección “Gobernación y Capitanía General”, del Archivo General de la Nación, hay al respecto una rica documentación.

Española. Si no a fruto de discernimiento, empero, sí, al calor de la pasión que en ellos encendía la sentida injusticia, el discurso de la gente de color tuvo real eficacia en el pueblo colonial.

En la última década del siglo XVIII nuestro pueblo estaba, pues, saturado de la ideas que el año 1810 habrían de explotar en forma de revolución separatista. Por ello se le vio asociado en 1797 al movimiento de José María España, Manuel Gual, Francisco Zinza y los Rico Montesinos; por ello, también, se agitaron los negros libres y los esclavos contra las autoridades coloniales de Maracaibo y de Güiría.

Mientras las clases bajas buscaban la igualdad, las clases del privilegio pugnaban por variar el sistema que las mantenía fuera de los cuadros gubernamentales dirigentes. Una visión, mezquina de la Corte de Madrid, ya tomada del autoritarismo y de la centralidad de poder que fue distinguido de la dinastía francesa de los Borbones, buscó de disminuir el impulso autodeterminativo de los criollos. Para restar fuerza al autonomismo de éstos, la llamada Cédula de Alternativas dispuso que cada segundo año entrase un peninsular en el Cabildo con rango de Alcalde Ordinario. Mientras tanto, la Corte, acaso pensando que el pueblo bajo llegaría a servirle de tercer brazo para el equilibrio del Poder, hacía concesiones a los pardos, como las contenidas en la Cédula de Gracias al Sacar, por la cual, mediante ciertas sumas, las clases de color podían optar las franquicias de las clases blancas. Ya éstas, desde el siglo XVII, venían convirtiéndose en nobleza merced, a la adquisición de títulos pagados con cacao, de donde el nombre de “grandes cacaos” con que las bautizó el común del pueblo. Aun, de quienes presumen ínfulas, se dice que la echan de cacaos.

Coincidían ambos grupos –criollos oligarcas y pardos y mulatos– en buscar fórmulas que los llevasen a una superación de niveles. Los terratenientes que formaban la primera clase, con el gusto de los títulos de Condes y Marqueses, proseguían en el empeño de acumular honores que no sólo consistiesen en llevar cojín y alfombra a las ceremonias religiosas. Ellos querían dirigir la política de la Capitanía General.

A partir de la creación de la intendencia en 1776 y de la Audiencia en 1786, se pronunciaron banderías y partidos que luchaban por ganar mayores influencias en el ánimo de los altos funcionarios. Abolidos los privilegios monopolistas de la Compañía Guipuzcoana, los empleados radicados en la Provincia pasaron a formar grupos poderosos,

que buscaban ejercer dominio sobre Gobernador e Intendente, a quienes obstruían, cuando no acertaban en la influencia. Justamente en el movimiento revolucionario de 1796, erróneamente atribuida su iniciativa va Picornell y a Campomanes, figuraban numerosos vizcaínos que, alimentaban la idea de formar una *República a la francesa*. Ya enraizados en la tierra, realizaban un movimiento semejante al que los agricultores canarios habían encabezado contra ellos en 1749. Eran entonces los isleños *la voz antigua de la tierra*, que buscaba defenderse de la exploración forastera. Juan Francisco de León se decía inspirado y alentado por *voz del común*. Ahora, los guipuzcoanos residenciados en la Provincia, muchos vinculados por sangre con los viejos criollos, o cabezas ya de hogares firmes, se sentían sumados a las fuerzas indígenas, interesadas en un mayor delineamiento autodeterminativo. Ya eran ellos voz del pueblo.

A los factores orgánicos y políticos que explican en criollos y españoles peninsulares arraigados en la Provincia el crecimiento de un ímpetu de prepotencia, se agrega al influjo que en las clases pudientes e instruidas había logrado el mejor conocimiento del estado de agitación que vivía el mundo europeo y que en las colonias inglesas del Norte de América había llegado a la forma revolucionaria de la república independiente.

Cuando ocurren en Caracas los célebres acontecimientos de julio y noviembre de 1808 y de abril de 1810, había una coincidencia de voluntades en las varias y pugnantes clases de la sociedad colonial. Se ha presentado aquel movimiento como obra principal del mantuano que buscaba mayor ámbito para sus aspiraciones oligárgicas. Yo he defendido esta tesis frente la tesis anti-tradicionista, que sostuvo por mucho tiempo que la emancipación fue un movimiento imitativo, impulsado sólo por las ideas afrancesadas, regadas a todo lo ancho del mundo americano por la propaganda del momento, a la vez carente de ambas explicaciones es preciso agregar, en su debida dimensión, la aportación valiosa de las demás fuerzas que se conjugaron para crear la conciencia revolucionaria que hizo posible la unidad de donde surgió la República.

Los que niegan el valor de las antiguas actitudes de la sociedad colonial para la formación de la conciencia levantisca y rebelde que culminó en la declaración y proceso de la independencia nacional, pareciera que desconociesen alegatos como el presentado por don Pedro García de Segovia,

cuando el año 1733 se opuso, en nombre del pueblo de Caracas, al cumplimiento de una Real Cédula que autorizaba determinados arbitrios no justificados por la necesidad del común. Lleno está nuestro Archivo General de expedientes contentivos de alegatos semejantes y en las actas de los Cabildos coloniales se abultan huellas de idénticos procesos. En medio del orden colonial había crecido, como contradicción al poder absorbente de los agentes de la Metrópoli, una conciencia que pugnaba por alcanzar mayor ámbito en el plano de las posibilidades políticas y sociales.

Caminando diversos y aun opuestos caminos, las clases coloniales, con aguda percepción finalista, llegaron a coincidir en un momento de su evolución. Buscaban los criollos de la oligarquía –Bolívar, Rodríguez del Toro, Hernández Sanabrias, Fernández de León, Paúl, Mijares de Solórzanos, Ascanios, Llamozas, Hurtados de Mendoza, Salias Ribas, Briceños, Sosas, Pumares, Herreras Ayalas- mayor encumbramiento en cuanto al goce de influencias y poder; perseguían los criollos llanos, los pardos y los mulatos, mayores franquicias en orden al estilo de la sociedad colonial. Aquéllos luchaban contra la autoridad metropolitana; éstos pugnaban contra la arrogancia y la explotación de los mantuanos. Los propios representantes del Rey sabían aprovechar en beneficio del robustecimiento de la autoridad real las diferencias existentes entre una y otra clase, y en el caso de la iniciativa tomada en 1808 por los nobles y mantuanos con el fin de crear una junta gubernativa autónoma, al igual de las de España, el Gobernador Casas y el Regente Mosquera y Figueroa hicieron correr entre los pardos voz maliciosa de que era propósito del mantuaje hacerse de medios de autoridad que les permitiese la nueva esclavitud de los partos libres. En tal forma; los agentes de la monarquía llegaron a tener de su favor a los componentes de las clases menospreciadas por la nobleza criolla.

De 1808 a 1810 corre un período en nuestra historia que acusa extraordinaria habilidad en nuestros primeros políticos. Comprendieron los dirigentes del movimiento autonomista que la más segura manera de conspirar es mentir al gobierno palabras de amistad, y que el medio más cabal de dar eficacia al cambio propuesto era ganar una investidura institucional que metiese a los revolucionarios dentro del cuadro de las misma legalidad que se intentaba alterar. Sobre este último hecho debieran meditar quienes niegan la formación de un tradicionalismo institucional en nuestro proceso

histórico. Claro que existe dicha tradición. Lo que ha ocurrido es el menosprecio de aquél por parte de los sucesivos dirigentes republicanos.

Uno de los pasos más acertados que dieron los caudillos del momento, fue haber comprendido que sin pueblo, o sea, sin la masa oprimida de pardos, mulatos y mestizos, jamás llegaría a cuajar un movimiento en realidad revolucionario. Para hacer efectivos estos medios, los más altos representantes del mantuaje se mostraron por amigos de Emparan, mientras buscaban, con la confianza de la tropa, la adhesión del Cabildo caraqueño, cuyas palabras de lealdad a Fernando VII habrían de ser el mejor camino para llegar a la independencia. A la par de estas medidas, hombres del temperamento fogoso de José Félix Rivas trabajaban en el ánimo de las clases populares. De uno a otro extremo de la ciudad de Caracas se movió en la mañana del 19 de abril el revolucionario audaz. Tan agitada tenía la conciencia de pardos y de mulatos, que cuando el Canónigo Cortés de Madariaga hizo señas al pueblo para que negase sus confianza a Emparan, entre la masa que llenaba la Plaza Mayor se escucharon voces que gritaban *el pueblo quiere, el pueblo pide, el pueblo manda*.

Al año siguiente se reunió el Congreso que representaba teóricamente la voluntad de las Provincias, ya que las elecciones por medio de las cuales se designó a los Diputados estuvieron confinadas, como era corriente en la época a las clases del privilegio. El Congreso era la voz reposada de la vieja oligarquía colonial, un tanto asustada del ascenso violento del pueblo. En él recaía la representación soberana de la antigua Gobernación y Capitanía General, tornada en Confederación de Provincias de Venezuela, no como testimonio de un prurito imitativo de la fórmula federal configurada en la Constitución de los Estados Unidos del Norte, sino como lógica continuidad de la forma autonómica provincial creada a través de la Colonia. La idea federal tiene raíces hundidas en la Historia³.

Cuando el Congreso declaró el 5 de julio de 1811 la independencia absoluta de la nación venezolana, por las calles discurrieron, entonando canciones patrióticas-primera entre ellas el *Gloria al bravo pueblo*- alegres grupos de patriotas, compuestos por jóvenes mantuanos, abrazados con pardos y mulatos. Aquel día glorioso tuvo clímax esplendente el silencioso, altivo y constante

³ Al corregir estas líneas se me dice que el actual régimen venezolano ha abolido la Federación.

movimiento que se había formado en el seno de la vieja sociedad colonial. Se juntaban, para un mismo esfuerzo creador, los oligarcas, que buscaban convertirse en los órganos del Estado y las clases humildes, que pugnaban por una ventajosa posición en el nuevo orden de la sociedad.

Aunque se conservan en la primera Constitución republicana los distingos económicos de la época, y a pesar de que se mantuviese, como en Estados Unidos, el ignominioso régimen esclavista, las otras clases entraban a coincidir en el goce práctico de numerosos derechos. Con los altibajos de la guerra, hubo un proceso de ascenso en el orden del pueblo, al cual ayudó en su camino hacia la igualdad, la misma técnica de guerra usada por los jefes realistas. Percatados éstos de que el señuelo de la igualdad era lo que llevaba a los desheredados a engrosar las filas patrióticas, procedieron con mayor violencia a ofrecer libertad a los esclavos y a incitar a los negros y mulatos a pasar a cuchillo a todos los esclavos y a incitar a los negros y mulatos a pasar a cuchillo a todos los blancos. Se ha intentado reivindicar para Boves el título de “caudillo de la democracia”, por cuanto alentó en esta forma los sentimientos de las clases oprimidas. Aunque el feroz asturiano aprovechase como instrumento destructivo los anhelos igualitarios de los pardos y de los negros, no se puede, justamente en beneficio de la recta comprensión de la democracia, adjudicarle ningún mérito en la formación de la conciencia de nuestro pueblo. Si algún papel reclama Boves en este orden de valores, habría que imputarle su eficaz contribución a la deformación del concepto democrático. Su acción se limitó a aprovechar, para la destrucción de la clase dirigente de Venezuela, la noción de igualdad que ya había prendido en el ánimo del pueblo. Poco interesaba a Boves el pueblo como valor social. Se sirvió de él como de mero instrumento devastador. La libertad y la igualdad reclamaban otros caminos que no fueran la anarquía y la destrucción provocada por la guerra a muerte.

En 1816 Bolívar prometía que no habría en Venezuela más esclavos que aquellos que quisieran serlo. La esclavitud se mantenía como expresión de una modalidad jurídica que daba aparente legitimidad al pretenso derecho de los propietarios sobre las piezas humanas compradas en violación al derecho natural del hombre sobre su propia libertad.

Cuando en 1821 el Congreso de Cúcuta consideró el tema de la libertad ofrecida por Bolívar a los esclavos, hubo voces robustas que se alzaron

en nombre de los esclavistas arrogantes. Los ricos propietarios del valle del Cauca y de los valles de Caracas se levantaron contra la injusticia del despojo que consumaría la República. Aquellos honorables oligarcas, fieles a las enseñanzas del Digesto, miraban en el esclavo un ser muerto para la vida civil, a quien no cabía otro destino que trabajar para sus dueños.

Lograda la victoria, reaparecían las apetencias invencibles de las oligarquías, y la llamada Ley de Vientres Libres vino a constituir una transacción vergonzosa entre el viejo régimen de explotación animal del hombre por el hombre y las aspiraciones igualitarias que habían servido de ímpetu a los soldados patriotas.

La coincidencia de las clases, consiguientemente, la confusión de los ideales que empujaron la lucha extraordinaria por la emancipación, se quebrantaron con la última clarinada de Carabobo. En la llanura portentosa se aseguró la vida de Colombia y se reconquistó a Caracas. Pero, con el aseguramiento republicano comenzó a pronunciarse el divorcio de voluntarios, que en seguida condujo a la propia crisis de la libertad interior. Páez se desciño las armas homéricas y buscó los viejos instrumentos del labriego. En un mundo sin vicios, hubiera repetido la leyenda de los héroes que, al concluir las batallas, tomaban a la ciudadanía rural. En él, la ambición corría pareja con la necesidad que los antiguos oligarcas y los aventureros de la política tenían de hallar una cabeza y un socio nuevos. Al halago de los mantuanos oportunistas, el mitológico guerrero se convirtió de nuevo en José Antonio Páez y pasó a ser juguete de la camarilla goda. La honestísima doña Dominga Ortiz fue sustituida por la alegre Barbarita de *La Viñeta*, en quien Caracas comenzó a rendir el homenaje permanente que ha ofrecido a quienquiera que sea capaz de influir en los mandatarios.

La Venezuela iluminada por los rayos portentosos de la victoria y por la palabra encendida de quienes, como Bolívar, sabían convertir en paladines a oscuros soldados, esa maravillosa Venezuela de la acción creadora, comenzaba a esfumarse, para ser sustituida por la Venezuela de la política amañada de los campanarios y de la explotación voraz de la riqueza pública. Los viejos patriotas empezaron, también, a guardar en arcones olorosos las casacas severas, que en lo futuro servirían de timbre de honor a descendientes que no sabrían mantener discreta consecuencia con la austera conducta de los progenitores.

En pos de Patria libre e independiente y en pos de libertad y de igualdad se habían movido a una señores y siervos, propietarios y esclavos, blancos y negros, mestizos, indios, mulatos y pardos. Había una tesis central, de carácter mesiánico, que reducía diferencias y acoplaba voluntades contradictorias. Sobre lo particular se alzaba la varia conciencia de los hombres. Se buscaba una Patria con atributos de soberanía y de libertad. La Nación tenía un fin por delante, a cuya realización convergían todas las clases sociales.

Cuando ocurrió Carabobo, Venezuela se había unido a Nueva Granada y Quito para formar la República de Colombia, como unidad que diera mayor reciedumbre a la estribería independiente. Colombia había existido como realidad política, cuando se creó primera y segunda vez el Virreinato de Santa Fe durante el curso del siglo XVIII. La nueva República no era una utopía inventada por Bolívar. De Miranda venía el nombre de Colombia para la unidad política que debía defender en el Nuevo Mundo las esencias indo-hispánicas.

Se acusa a los políticos de Santa Fe de haber tomado la iniciativa en el proceso disolutivo de Colombia. Con exacta responsabilidad de los hechos históricos, debe asentarse que no fue la decantada enemistad entre Santander y Paéz la causa de la desavenencia que provocó la crisis de abril de 1826. Distintas fuerzas se conjugaron para incitar el estado de anarquía que ya había hecho presa en la conciencia nacional. Quizá la primera piedra la arrojaron los hombres de Caracas en el Congreso de Cúcuta. En los caraqueños había creado un ilógico complejo de inferioridad el hecho de que la capital de la unión colombiana no estuviese en Caracas. A esto precisa sumar la circunstancia desfavorable de la larga estada en el Sur del Libertador, cuya presencia en la capital colombiana habría evitado el debilitamiento de los nexos entre Caracas y Santa Fe. Para el acentuado regionalismo caraqueño se hacía duro ver a Santander en el ejercicio del supremo mando de la República, y el mismo círculo que había acusado a Páez ante el Senado de Bogotá por su sistema arbitrario de reclutar las milicias, se le unió, después, para apoyarlo a resistir la acción de una justicia invocada por ellos mismos contra el caudillo llanero y cuyos órganos visibles residían en Bogotá. Los ambiciosos, que primero intentaron acabar con Páez, lo tomaron después como instrumento poderoso para acabar con Colombia y sastifacer a la vez ansias desmedidas de lucro y prepotencia.

En aquella grave controversia, los políticos de Santa Fe faltaron, también, a la prudencia, y lejos de mirar con ojos apropiados los hilos que movían a los personajes y detenerse en el problema fundamental de la conservación de la República, dieron anchas a recelos y pequeñeces. No vieron los problemas de la defensa exterior, necesitada de una recia estructura que previniese a cualquier ataque procedente de Cuba y Puerto Rico y, juzgando tejas adentro el problema de la política, sólo miraron a la casuística de la libertad doméstica del ciudadano colombiano. Olvidaron que en aquellos momentos críticos la misma dictadura obraba como herramienta democrática. Los románticos de la libertad se empeñaron, por el contrario, en ver en ella un antifaz que ocultaba presuntas aspiraciones de mando por parte de Bolívar. Confundieron los poderes extraordinarios asumidos por el Libertador con la autoridad abusiva, después perseguida entre nosotros por los déspotas, que sólo miran el mando como oportunidad de lucro para sí y para su grupo.

La necesaria ligazón entre la institucionalidad y la fuerza armada que debía realizarla, se había roto en Valencia el 30 de abril de 1826, Bolívar buscó más tarde inútilmente los medios de acallar la discordia interior y asumió la dictadura, en espera de que el Congreso de 1830 resolviese el problema de la legalidad y de la unión. Colombia, en verdad, ya estaba muerta. La ambición y el temperamento impulsivo de Paéz fueron instrumento dócil en manos de los hombres de la inteligencia y de las leyes. Sobre el terreno de los viejos disgustos entre Santander y Paéz supo sembrar la vara de su resentimiento el pérfido Miguel Peña, a quien el Gobierno de Bogotá acabada de hacer responsable de una irregular operación de cambio con fondos del Estado.

Nuestra República se rehizo en sus tradicionales moldes geográficos sobre la inconsecuencia personal de sus hombres mejores. Aun Soubllette estuvo en aquellos momentos contra el Libertador. El antibolivarianismo se tomó por consigna de venezolanidad. Hoy, un torcido antibolivarianismo encubre cierta manera de antivenezolanidad. (¡Nadie como Bolívar ha sufrido en carne y gloria la espantosa tragedia de Venezuela). Sin hacer distingos realistas, se llegó a confundir a Bolívar con Bogotá. Aún más: se dijo a Nueva Granada que para poder negociar con ella, precisaba que Bolívar abandonase el territorio neogranadino. No fueron capaces de comprender los separatista caraqueños que el propio Bolívar había escrito a Urdaneta por enero de 1830

acerca de la necesidad de que el Congreso hiciese la división de Venezuela y Nueva Granada “con calma y justicia”. Mientras así procesaban contra el Libertador los hombres de Venezuela, en Santa Fe los políticos antibolivarianos azuzaban a la chusma bogotana para que injuriase al grande hombre, cuando éste abandonó el 30 de mayo la ciudad hostil, en cuyo seno se había fraguado el parricidio espantoso de 1828.

Fue Bolívar el único que vio con claridad en aquellos años funestos los problemas de la seguridad y de la libertad doméstica. También fue el único que se dispuso a sacrificar su propia gloria de repúblico en beneficio de la adecuada solución del caso. Si asumió la dictadura transitoria, lo hizo con la repugnancia de quien toma una pócima amarga para ganar la quebrantada salud. La suya no fue dictadura inspirada por una ansia enfermiza de mando. Su noción del orden dista mucho de la que profesan los déspotas que han azotado a nuestra América. Pero todavía hoy, para expiar, tardíamente, su gloria, Bolívar está expuesto al elogio de quienes miran como esencia de su doctrina política las medidas severas que tomó en los años de la quiebra de Colombia.

Si en el plano de la política interna se le deforma y acomoda a la vil apetencia de quienes miran el Poder como oportunidad de medro, en el orden externo también se le calumnia y adultera. A fin de asegurar el edificio republicano e independiente de América persiguió el Libertador la confederación de los pueblos que habían sido antiguas provincias españolas. Cuando vio el fracaso del Congreso de Panamá, en el cual ya afloró la táctica disolvente de Washington, quiso, al menos, mantener la unión de Colombia, como promesa de una fuerza poderosa que se opusiera en el Caribe a un regreso colonialista. De haberse mantenido aquella unión, la Colombia de Bolívar sería hoy, a la cabeza de Sudamérica, una poderosa resistencia contra los intentos actuales del imperialismo norteamericano. Como contraste, a cien largos años de su muerte y de su gloria, nuestra política exterior ha llegado a negar la necesidad de los pactos regionales hispanoamericanos, que tanto molestan al panamericanismo del Departamento de Estado. Justamente, robusteciendo los grupos latinoamericanos, podría llegarse al equilibrio que Bolívar buscó en Panamá como medio de asegurar la independencia. Pero nuestra política exterior ha perdido su soberanía y se halla hoy incluso en una órbita de intereses antinacionales, donde tienen voz decisoria los agentes secretos de

Washington incrustados aun en las altas esferas gubernamentales de nuestros países.

Cuando Venezuela reapareció como unidad política en 1830, ya no presentaba la armonía de fuerzas que se habían conjugado para hacer la independencia. La vieja oligarquía territorial de 1810 tenía ahora nuevos matices. Los Tovares y los Toros, digamos por caso, se habían mantenido fieles a los ideales progresistas de la República, y de ellos Martín Tovar Ponte ayudaría a Tomás Lander a insuflar aliento a los nuevos principios que dieron origen al Partido Liberal histórico. A los que la Historia llamará conservadores, o meramente oligarcas, se sumarán los godos retornados del destierro en que se mantuvieron durante la lucha separatista, y los mantuanos caraqueños que habían acrisolado su fe en el fernandismo durante los años aciagos corridos de 1814 a 1821. Como hecho extraordinario que pinta al mismo tiempo el carácter oportunista de nuestra invariable oligarquía capitalina, el mismo General Páez había pasado de jefe de las desnudas y saludables montoneras que ganaron la libertad republicana, a jefe del viejo mantuanismo caraqueño. En la esencia y en el modo de este tránsito, radica la clave de toda nuestra Historia político-económica.

Junto a los altos representantes de la nueva oligarquía republicana, que en sí no es sino la oligarquía vieja, remozada por el contingente de quienes se han hecho ricos a cuenta de los bienes de los expatriados, comenzaron a formarse y a definirse los nuevos cuadros de la oligarquía de las ciudades y de los campos, que buscaban de centro de gravedad a los caudillos surgidos de la guerra.

De fondo a este plano de grandes protagonistas, el pueblo había tornado a mirar a sus socios de la epopeya con la misma desconfianza y el mismo recelo con que los miraba en los tiempos antiguos. Si en verdad las clases libres de pardos y mulatos se sintieron satisfechas por haberse impuesto en el campo social una concepción más justa de la igualdad, la esclavitud permanecía como reato de la vieja injusticia y los soldados a quienes se había ofrecido tierras en propiedad, se habían convertido en colonos de los ricos propietarios.

En Venezuela desde los primeros años de la República se hizo palpable el goce conceptual de la igualdad social. En mi ensayo “La Tragedia de Peñalver” recordé lo ocurrido al Presidente Soublette en su democráticos paseos por Caracas. Solía éste salir en las tardes por las calles de la capital en unión del representante diplomático de

la Gran Bretaña, Coronel Belford Histon Wilson, el leal edecán del Libertador, y coincidían en topar con un negro guapetón, que atinaba a preferirlos en la acera. Ante la insistente actitud del irrespetuoso transeúnte, Soublette, requerido por Wilson, reclamó al negro si acaso ignoraba que él era Presidente de la República, a lo que el otro respondió: “Sí lo sé, pero aquí *“toítos semos iguales”*. Desde los orígenes de la República tienen, pues, nuestras clases populares una abultada conciencia de igualdad, que mal digerida, por falta de educación capaz de hacerle entender los valores adherentes a aquélla, las ha conducido a situaciones anárquicas, de donde surgió en lo antiguo la posibilidad del Caudillo capaz de dar sosiego a la desarmonía provocada por la indisciplina de los pequeños caudillos igualitarios.

De todas las conquistas democráticas venezolanas –conquistas que son bien pocas en el orden de la realidad- la de la igualdad social ha sido siempre la más vigorosa y notoria. La piel no constituye entre nosotros elemento diferencial. De su propio linaje llegan a olvidarse empingoro-Pelayo. Sin embargo, a poco que se escarbe en la raíz de los árboles genealógicos, aparece el abono de la gente de color. Entre nosotros las famosas investigaciones sanguíneas que tanto que tanto preocupan a los demócratas norteamericanos, provocarían la desaparición rápida de los más altos cuadros sociales. A la burla burlando se publicó en Caracas en el año 1949 el *“Romance de Negrí Pedrí”*. A pesar de lo fragmentario de la exploración genealógica, aquella burla lírica constituye un documento social de valor extraordinario. En él se abulta el sentido festivo que ha adquirido entre nosotros el problema de las diferencias raciales y se recuerda, a la vez, a los fingidos nobles de la hora las peripecias sanguíneas de donde proceden.

En el orden de la igualdad resulta lamentable que nuestro pueblo se haya conformado con el mero goce conceptual de una superación de complejos racistas. Entre nosotros el problema del color se ha resuelto en forma positiva y entusiasta, al considerarse blanco por sí y ante sí cualquier negro y al mirar en éstos los blancos un semejante favorecido con piel más resistente que la suya. Pero esta igualdad moral en el orden de la apariencia física no ha estado acompañada en el campo de lo social por los otros argumentos que conducen a absolver los abismos existentes entre las clases antiguas. Faltó durante mucho tiempo una verdadera preocupación por educar al pueblo, no en el simple concepto de darle a gustar primeras letras, sino en el elevado y

lógico de señalarte rumbo a sus acciones. Menos se pensó en levantarle su condición económica. Las clases del privilegio se hicieron sordas a los legítimos reclamos de los desafortunados y buscaron en la legislación figuras jurídicas que autorizaban la persecución de los hombres de trabajo. La prisión por deudas y el erróneo concepto de la igualdad de los contratantes comunes, en cuya refutación alcanzó Fermín Toro altura luminosa, fueron en su tiempo armas apropiadas de que se valió la oligarquía para mantenerse en el goce de sus fueros caducos.

Al provocarse la diáspora de los valores que sirvieron de eficaz sustentáculo a la obra de la Revolución, los hombres se dedicaron a satisfacer por diversos medios, dictados por el propio egoísmo, la personal apetencia de dominio, de lucro o lucimiento. La extroversión antigua se contrajo hasta reducirse a los estrechos límites de lo individual y lo que antes había sido lucha heroica para acabar el edificio de la República, se convirtió en actitud recoleta que buscó apenas el beneficio de la propia casa.

En la divulgación de las ideas que representaban en el mundo liberal de Europa un efectivo avance para la causa del pueblo, nadie puede competir con Antonio Leocadio Guzmán el mérito de la constancia y del fervor. Sumado al viejo grupo que ya en tiempos de Colombia se preocupaba por defender el ideario liberal, Guzmán superó a Martín Tovar Ponte y a Tomás Lander en lo que dice al ardor de la prédica. Lamentablemente fue Antonio Leocadio Guzmán una de las más típicas expresiones del político que cuelga sus ideas en la guardarropía ministerial para obrar en el Gabinete con las ideas viciadas que encuentra en el escritorio de su antecesor. Estadista de amplio vuelo, en la Memoria que como Ministro de lo Interior presentó al Congreso en 1831 dejó planteados problemas que aguardan soluciones oportunas. Entonces no se había adentrado de lleno en la política menuda, ruin, oportunista que acabaría con la República, ni había surgido en el inquieto político aquella ansia funesta de gobierno que lo llevó de una a otra posición contradictoria. De Páez a Monagas, de Monagas a sí mismo, la trayectoria de Guzmán, magistralmente pintada por Ramón Díaz Sánchez, es la expresión cabal de una existencia que todo lo orienta hacia la conquista del poder.

Si en realidad cuando gobierna se aparta de las promesas anteriores, Guzmán tiene en el área de las ideas políticas venezolanas el mérito indiscutible de haber agitado desde las célebres columnas de “El Venezolano” la dormilona conciencia del pueblo y

de haber preparado con su prédica los caminos que lo llevaron más tarde a los frustrados caminos de la revolución federal. Pero Guzmán, como nuestros políticos de ayer y de hoy, fue político de contratos y de porcentajes. Cuando no consiguió otra cosa que monopolizar, se ingenió la exclusiva para una inmigración de Chinos.

El contrato ha sido una de las típicas maneras de fugarse los hombres hacia los planos negativos en el orden de la política. El contrato, la participación, el porcentaje son las tremendas tentaciones en que han caído nuestros políticos. El monopolio de pequeñas cosas, digamos por caso de la arena o del carbón, junto con los jugosos sistemas actuales de las comisiones y los porcentajes y junto con la participación en las concesiones del suelo a los intereses extranjeros, han constituido ayer y constituyen hoy las más seguras maneras de enriquecerse los políticos y sus socios, cuando no han tenido la impudicia necesaria para traspasar a su cuenta de Banco parte de la cuenta del Tesoro Público.

Durante el siglo pasado, a la par de las concesiones extractivas y monopolistas, sirvieron de pingüe camino para el enriquecimiento, los bonos de la Deuda Pública. La historia de Guzmán Blanco se podría escribir tanto siguiendo el curso de sus brillantes acciones de guerra como desmadejando el hilo de los negocios celebrados a la sombra de las concesiones y el amparo de la compra oportuna de cupones de la Deuda del Estado. El Ferrocarril de Santa Bárbara a El Vígía forma parte del expediente matrimonial de una de sus hijas con un noble de Francia. Se llegó a crear una especie de simbiosis entre las arcas públicas y las arcas privadas del mandatario. El paternalismo de la autoridad en el orden de las finanzas hizo que el general Gómez redarguyese al Ministerio que le hacía ver cómo no era posible que el Estado le facilitase cierta cantidad de millones de bolívares para adquirir la famosa hacienda "El Trompillo", que sí tenía el derecho al préstamo, ya que a su celo se debía que Venezuela tuviese un Erario boyante, habiéndole hallado con una enorme deuda. La gabela, el provecho, el negociado estuvieron de atrás a la orden del día, sin que levantasen sonrojo en sus practicantes. Al dueño de una hermosa mansión caraqueña oí cuando decía a un amigo suyo que la elogiaba encarecidamente, que no era, sin embargo, tan cómoda como la del otro, a pesar de ser las dos hermanas. En esta forma aludía a que ambos habían ejercido el mismo cargo público que los hizo ricos.

Cuando los hombres de la inteligencia se sentaron a la mesa del autócrata más fue para rendirle servilmente sus instrumentos intelectuales que para ayudar a la causa de la Nación. No fue José Tadeo Monagas quien dijo que la Constitución sirve para todo. La frase es de su Ministro Diego Bautista Urbaneja, cuando se amañó para reinstalar el Congreso de 1848. Gil Fortoul y Lisandro Alvarado buscaron explicar aquel hecho bochornoso de nuestra historia política y adujeron alegatos correctos. Pero, quizá la mejor interpretación se desprende del ensayo que Enrique Bernardo Núñez publicó en la oportunidad del centenario del funesto acontecimiento. En aquel momento el Poder Ejecutivo era más popular que el Poder Legislativo. Este representaba la oligarquía paecista. El Ejecutivo parecía caminar hacia soluciones populares. El 24 de enero Monagas se cruzó de brazos y dejó que saltara la chispa del incendio. Después de ocurridos los acontecimientos, la autoridad legítima se hizo sentir para impedir lo que ya estaba consumado. Las víctimas de aquel día, entre ellas nada menos que don Santos Michelena, son muertos de Monagas. Pero al día siguiente hubo un muerto más pesado. El Congreso se había suicidado. Al reanudar por miedo y a la persuasión falaz del Ministro Urbaneja, las sesiones parlamentarias, el Congreso se negó a sí mismo y durante mucho tiempo pasó a ser en la Historia de Venezuela cuerpo sin voto decisivo en la solución de los grandes problemas del país.

El día de la reanudación de las sesiones del Congreso, Juan Vicente González apareció como Secretario interino de la Cámara de Diputados. Fue la última actuación del gran escritor en los cuadros de la política activa. Aquel día le faltó el valor cívico con que sabía suplir la carencia de arrojo personal. No pudo esconderse en ningún rincón ni menos pudo formular una de las frases lapidarias con que solía ocultar su debilidad orgánica ante los matachines. De la Secretaría de la Cámara pasó a la dirección de "El Salvador del Mundo". Comprendió que Venezuela necesitaba realizar un intenso esfuerzo de cultura para que no se repitiese hecho tan bochornoso como el producido el 24 de enero. El contradictorio escritor juzgó preciso crear una sensibilidad nueva al pueblo, a fin de que pudiera realizar su destino histórico. Había, en realidad, urgencia de cambiar la conciencia y la técnica de los hombres encargados de ejercer las funciones rectoras de la sociedad.

Hoy se abulta en la realidad de nuestra política un hecho que ayer también tuvo aplastante evidencia. Si algo bueno y generoso ha tenido

siempre Venezuela ha sido y es su masa popular. Podrá faltarle pulimento y podrá tomar muchas veces actitudes de censurable vulgaridad. Entre nosotros la vulgaridad y las malas maneras son atributo de las clases llamadas altas. Sí éstas no buscan exhibir manera urbanas, ¿por qué pedir a las clases humildes que las ponga en resalto?

Basta seguir el desarrollo de nuestra Historia para darnos cuenta de que jamás por sí mismas nuestras clases populares han realizado actos demostrativos de una psiquis enfermiza. Cuando se leen documentos anteriores a la época de la Guerra Federal pareciera que en los medios rurales hubiese un bandolerismo criminoso. Juzgando el caso con un frío criterio sociólogo, se cae fácilmente en la cuenta de que aquellos hechos correspondían a una angustiada realidad económica, que las clases dirigentes no se avocaban a resolver. El hambre ha sido mala consejera de los hombres y buena acuciadora de sus instintos orgánicos. La situación de los hombres de los Llanos era una situación de semiparias, que conducía a la violencia. Es necesario recordar que la libertad de los esclavos dio sueltas a una masa de hombres famélicos, a quienes, las leyes no pensaron en dotar de un instrumento económico que hiciera práctica la independencia personal que readquirían. Donde la justicia está ostensiblemente quebrantada, prosperan toda clase de reacciones sociales. Más culpable que el hombre que se convierte en criminal por verse forzado a arrebatar a otro hombre el pan y el abrigo que necesitan sus hijos, es aquel que se niega al desarrollo de la capacidad económica del otro.

Los que han querido acumular sobre presuntas deficiencias orgánicas del pueblo venezolano las fallas de nuestra historia, han precedido con un interesado y desleal concepto, cuya finalidad, por gravedad de clase, no ha sido otra sino desvestir a los dirigentes intelectuales, económicos y políticos de la sociedad, la responsabilidad tremenda que sobre ellos pesa en razón del desamparo en que históricamente han mantenido a nuestro pueblo. Sin sentido de la carga a que se avocan, nuestros hombres han participado en el ejercicio del Poder como quien toma una jerarquía que distingue y aprovecha y no como oportunidad de desarrollar un sistema de ideas en beneficio de la comunidad. A un Ministro de Educación escuché decir que nada podía esperarse de escuelas saturadas de “negritos”. Mi desacuerdo con semejante lógica me llevó a decirle que si él no creía en la eficiencia de la labor encomendada al Despacho de que era titular, debía, por honradez, renunciarlo.

La desafortunada teoría del “gendarme necesario” es la culminación de un proceso ideológico enderezado a irresponsabilizar a la oligarquía directora y usufructuaria de la fortaleza de los gobiernos antidemocráticos. Tras ella se escudan todos los conformistas que quieren dar justificación a su carencia de actos creadores en el orden de la República. “Así es y así ha sido siempre la manera de ser de nuestra sociedad”, arguyen quienes sienten el frío cobarde ante el reclamo de las instituciones quebrantadas.

La antigua oligarquía territorial que se había unido al pueblo para crear la República, rompió, como he dicho, la transitoria unión y se entregó a cultivar por sí y para sí sola los instrumentos del Poder. Los mismos godos antiguos, que habían maldecido a Páez y demás luchadores de la independencia, rodearon con regocijo a interés al nuevo dispensador de los favores públicos. La rancia oligarquía que tuvo su máxima expresión en los Sanabrias, en los Matos, en los Blancos, en los Palacios, en los Tovares, en los Fernández de León, en los Sosas, en los Mijares, en los Ascanios, en los Bolívar, en los Ribas, ha buscado cualquier manera de vías para acrecentar su dominio a través de todos los regímenes políticos. Lo movedizo de las condiciones sociales y el *in promptu* que suelen hacer los beneficiados por el acceso a los negocios del Estado, explica que los cuadros tradicionales se abran fácilmente para incorporar a los nuevos portadores del valor financiero. Si en sus orígenes la oligarquía procuró conservarse dentro de las líneas de austeridad y distinción que caracterizó a la vieja burguesía, luego tuvo necesidad de crearse una nueva moral. Ni rango familiar, ni origen social, ni cultura personal, ni fe de bautismo alguna solicitó nuestra oligarquía para incorporarse nuevos valores. Legítimos o bastardos, sobrios o disipados, ilustrados o analfabetos, finos o burdos, no fueron ya valores para el desprecio o la estimación de la alta sociedad. Sólo se tomó en cuenta el significado de la transitoria posición política o el permanente alcance de las posibilidades económicas. Comerciantes, banqueros, abogados y empresarios llegaron a formar una fuerza ante la cual los mismos gobiernos hubieron de rendirse como paga de su humillada adhesión.

Si algo funesto ha habido y continúa habiendo en Venezuela es la distinguida clases de los privilegiados, que asumen por sí y ante sí la función de dispensar honras y la creencia de ser los depositarios legítimos del destino de la República. Toda recta intención que pueda acompañar a un nuevo mandatario, ha de sufrir el filtro maligno del sanedrín que maneja los secretos

del poder financiero, el cual, a la vez, válido de un falso prestigio pseudoaristocrático, logra para sus intereses la adhesión de los nuevos e improvisados ejercitantes del poder.

Ningún ejemplo más elocuente presenta nuestra historia que el de Cipriano Castro. Cuando éste llegó al Capitolio Federal, después de una brillante hazaña de guerra, venía rebosante de ideales y de buenos propósitos. No era Castro, como suele ser pintado, un bárbaro caudillo, unido por ombligo de bejuco a la selva nutricia. La Cámara de Diputados había oído su voz chillona, cuando el propio Ejecutivo claudicaba en la “Cuestión Guayana”. Lleno de un fogoso espíritu nacionalista, Castro se mostró en el Parlamento por dirigente de la fracción que censuraba la timidez gubernamental. No llegó tampoco, como caudillo en el plan de imponer a rajatabla una tribu de tachirenses. Hasta los antiguos Presidentes Rojas Paúl y Andueza Palacio fueron invitados a formar parte de sus primeros gabinetes presidenciales. Pero a poco Castro había sido convertido por la camarilla caraqueña en retablo de todos los vicios. Y si en esta entrega al halago de los poderes han caído quienes tenían recia personalidad como Cipriano Castro, ¿qué puede esperarse de aquellos que sienten deslumbrada su debilidad por la pirotecnia de la adulación servil y por la humillada lisonja de los falsos señores de la aristocracia capitalina?...

Todo esto ha sido parte para que durante largos años se haya mantenido la poderosa influencia del viejo capitalismo en el ánimo de los hombres de Gobierno, compensada, a la vez, por la sumisión que la gente del capital presta a los gobernantes, en razón de garantizarles éstos el goce permanente de sus privilegios. Tal es la compenetración que existe entre las clases gobernantes y las clases capitalistas, que éstas, en el orden de sus negocios privados, obran de acuerdo con los intereses de los gobernantes. Como el Gobierno es el gran regulador de beneficios y de granjerías, ha llegado a imponer a los hombres de negocios el propio nombre de sus gestores jurídicos. Un abogado mal visto por el gobierno debe ser sustituido por un abogado afecto al régimen. De donde resulta la espantosa paradoja venezolana de que los hombres más humillados, timoratos y cobardes sean aquellos que por poseer abundosos bienes de fortuna, pudieran considerarse en el disfrute de una verdadera independencia económica y moral (En los últimos tiempos se ha venido creando, felizmente, un nuevo tipo de capital, que pudiera llamarse progresista y democrático, cuyos titulares ni persiguen el falso aparato que

distingue a los representantes de la oligarquía, ni se consideran esclavos, para el éxito de sus empresa, de la influencia del oficialismo).

Si se pregunta a los individuos que constituyen los cuadros cerrados de la oligarquía la opinión que tengan sobre el porvenir de las instituciones nacionales, dirán, como ayer lo dijeron ellos mismos y como antier lo manifestaron sus predecesores, que nuestra organización social nos condena al fracaso de cualquier ensayo democrático. Como buenos oligarcas, tienen por fuerza que ser cesaristas. Cualquier forma de gobierno que amenace la permanencia de su sistema de ventajas, en buena lógica ha de disgustarles. Por poseer influencias y luces y por manejar hilos sutiles en la relación social, sus buenos oficios podrían reanudar en provecho de la República; pero ellos, lejos de ponerlos al servicio del pueblo y del mejor destino de la Nación, los aplican simplemente al sostenimiento de las prerrogativas de su clase. Esto explica que al realizar algún elemento encuadrado en la oligarquía cualquier acto que lo exhiba como poseedor de virtudes cívicas, su propia gente se apresure a llamarle loco.

Se consideran a sí mismos los mejores. Poseen, en realidad, cualidades de mérito, pero éstas apenas sirven para su propio y egoísta beneficio. Han sido en la vida de la República la clara expresión del anti-pueblo. Sin embargo, cada vez que hacen alguna oportunista aparición en los cuadros de la política, se llaman pomposamente las “fuerzas vivas” de la Nación. Mejor les daría llamarse la fuerza de los “vivos” de la Nación. Son los más cabales defensores del orden, entendiéndolo por éste todo lo que lleve provecho a la calderilla de sus negocios. El destino de la Nación no es para ellos, sino una ponderación mayestática del destino de sus negocios. En “El Independiente” informaba Pedro José Rojas, conspicuo personero de los antiguos godos, de una insinuación hecha en 1862 a la Reina Victoria por don Manuel Felipe de Tovar, en orden a que los ingleses colonizaran la Guayana, a cambio de armas para acabar con el régimen de Páez. Documento similar, pero sin firma, publica José Santiago Rodríguez en su estudio sobre la guerra larga.

El proceso de la juventud y el proceso del pueblo se han desarrollado a la buena de Dios, que frecuentemente resulta ser la mala del Diablo. Al pueblo, en su reducida concepción de clase humilde y sin fortuna, se le han acumulado reatos insolubles. Fundados los apóstoles de la insuficiencia popular en extraños argumentos raciológicos y en desacreditadas

teorías sobre la herencia, el suelo y los climas, crearon una conciencia pesimista, contra la cual ya había alzado su voz admonitoria el austero Vargas, cuando inauguró en 1833 la “Sociedad Económica de Amigos del País”. Se dijo que eran tantos los defectos soportados por el pueblo venezolano, que sólo un Ejecutivo fundado en el poder carismático del caudillo era el medio idóneo de dar orden a la dispersión provocada por los bajos instintos y por la resistente incapacidad de las masas. Así sea pobre y falaz dicha tesis, se ha hecho lamentablemente buen paso entre diversas categorías de espíritus. A unos place, porque sirve de disculpa concupiscente para su carencia de esfuerzos cívicos: otros la alaban, porque justifica su conducta y les permite lucrar a sus anchas con los favores de un poder ilegítimo; otras la predicán y repiten, porque es manera de alabar y de halagar al jefe transitorio.

Bajo el peso de tal concepción en la mente sombría de las clases directoras, el pueblo estuvo condenado a ser sumiso soporte de los ambiciosos. Buen pueblo parra recolectar las bellotas de café y las marzorcas de cacao, buen pueblo para cortar la caña y atizar el fuego ardoroso del trapiche, buen pueblo para trabajar en los enrarecidos socavones de la mina y para agotar su fuerza en los campos petroleros, buen pueblo para engrosar la tropa, que ha servido de soporte a los verdugos y explotadores de sus propios hermanos.

Junto con esta pasividad provocada en la resistencia popular, los hombres a quienes correspondía la dirección intelectual de las sucesivas generaciones, sufrieron, también, un trauma conformista. Desprovistos por lo general los ejercitantes de las letras de los medios económicos que les asegurasen la libertad de acción, y encerrados, además, para la obra de pensamiento en la órbita restricta señalada a la palabra, cayeron fácilmente en la necesidad de doblegarse ante el mezquino interés, que concluyó por convertir a muchos en fieles improntas del Mujiquita creado por Gallegos.

Alguien –creo que Nuñez de Cáceres- escribió que a Venezuela han hecho más daños sus doctores que sus generales. Si se examina con sinceridad esta afirmación, fatalmente hay necesidad de adherir a la cruda verdad que contiene. El viejo guerrero fue, por lo general, un hombre fresco y sencillo, que entendió el ejercicio de las armas como modo natural de extraversión de la personalidad, y manera segura, también, de crear privilegios sobre los medios de aprovechar la riqueza. Ese guerrero –valiente,

generoso, alegre- que se llama Jacinto Lara, Juan Bautista Araujo, Gregorio Riera, Aquilino Juárez, José Ignacio Pulido, tuvo a su lado, cuando ganó los instrumentos del poder, una corte de doctores dóciles, que adecuaban las leyes a la voluntad del hombre fuerte o que le aconsejaban alzarse para alterar el orden público.

Cuando Diego Bautista Urbaneja dijo a Monagas que la Constitución sirve para todo, creó la frase que define la filosofía de su clase. El urbanejismo ha sido un sistema permanente de obrar el intelectual frente al hombre de la fuerza que retiene los símbolos del mando. Ministros y Secretarios, en su mayoría, no han hecho a través de nuestra historia sino amoldarse a la voluntad del gobernante. El ejemplo antiguo ha servido para que las nuevas generaciones hayan tenido donde descargar la responsabilidad. Sobrado conocido es el caso del gran escritor que para justificar la entrega de sus ideas, acudió a una rebuscada y vana frase, inspirada en angustiada e innecesaria solicitud familiar. “Es preferible, dijo a sus amigos, que me prostituya yo, a que mañana, por hambre, se prostituyan mis hijas”. Suficientemente recio es el decoro de su estirpe para pensar que alguna mujer de su apellido se prostituya bajo el imperio del hambre. Ese escritor apenas quiso acuñar una frase humorística, para hacerse perdonar de sus antiguos correligionarios el avenimiento tenido con Guzmán Blanco sobre la base de una negociación con bonos de la Deuda Pública. Pero la frase infeliz hizo escuela para justificar sucesivas caídas de otros, y aun para dar aparence legitimidad a la conducta mercenaria de los escribidores que creen factible prestar su pluma para el insulto o la lisonja vil.

A los hombre que hoy pasamos de la cincuentena se nos ofrecieron en nuestra infancia y juventud ejemplos llamados a empujarnos a la absoluta e irremediable irresponsabilidad cívica. En la escuela de mi ciudad nativa, el bueno del maestro, con la mayor ingenuidad, nos enseñaba a vestir de flores el retrato del general Castro, y cuando era abundante la cosecha del pequeño jardín, llevábamos ramilletes, a la esposa del Presidente del Estado. Aquella educación cívica se confundía con la propia enseñanza de la Historia Patria. Junto con hacernos declamar los discursos incendiarios de Coto Paúl en la “Sociedad Patriótica” y grandes párrafos de la “Venezuela Heroica”, de don Eduardo Blanco, se nos enseñaban los caminos de la admiración y del homenaje servil a los gobernantes como trabajos prácticos de patriotismo y de civismo.

En 1913 algunos muchachos miramos con simpatía y curiosidad la candidatura para la Presidencia de la República del doctor Félix Montes, lanzada por el valiente periodista Rafael Arévalo González, cuando concluía el primer período de gobierno del general Gómez. De inmediato personas mayores en quienes yo, por fuerza de la edad y por motivos obvios, tenía que ver la voz de la verdad, me dijeron que Montes y Arévalo González eran un par de locos empeñados en obstruir la obra de bien nacional que apenas comenzaba el “Caudillo de Diciembre”. (Esa obra de “bien nacional” la han iniciado y la continuarán iniciando cuantos dictadores han aflorado y continuarán, desgraciadamente, aflorando en la vida venezolana). Años después, cuando la inquietud de las letras ya apuntaba en mi espíritu, leí la frase en que Gil Fortoul consagró a Gómez como “el hombre fuerte y bueno”. A los jóvenes que abríamos por aquel tiempo nuestros ojos hacia los caminos de las letras, se mostraban como las más ilustres figuras del pensamiento nacional, junto a Gil Fortoul, a César Zumeta, a Manuel Díaz Rodríguez, a Laureano Vallenilla Lanz, a Pedro Emilio Coll, a José Asutria, a Lisandro Alvarado, a Andrés Mata, a Felipe Guevara Rojas, a Angel César Rivas, a Eloy Guillermo González, a Angel Carnevali Monreal, por sólo por sólo nombrar indiscutibles figuras. Y luego supimos que Zumeta, cuando adversó a Castro, había escrito su célebre panfleto “La Ley del Cabestro”, como requisitoria contra el reclutamiento forzoso practicado por los gobiernos para el relevo de la tropa de línea que ha servido de sostén a los dictadores. Supimos, también, los jóvenes de mi tiempo que llegado Zumeta al peligroso Ministerio de Relaciones Interiores adobó con su fino talento los argumentos conducentes a declarar roto el hilo de la constitucionalidad y preparó los instrumentos que vistieron de legalidad el continuismo *ad mortem* del general Gómez. Justamente para dar la impresión real de alteración del orden público, se produjo en aquella oportunidad una situación de guerra que obligó a aplicar a los peones rurales la ley del cabestro atacada por Zumeta opositor (Para la conducta de otros escritores vale como interpretación de examen por mí hecho en mis estudios acerca de la personalidad de Pedro Emilio Coll y de Luís Correa, finos espíritus que crearon un mundo de sueños para compensar la tragedia provocada por el desdoblamiento de planos en que tuvieron por fuerza que moverse).

Unos allá, otros acá consagrados a exaltar y defender la dictadura, preparaban, como era lógico, la conciencia de los jóvenes. A éstos nos fue fácil tomar por bueno el ejemplo de tan conspicuos maestros. Se les veía salir de la cátedra universitaria, donde explicaban con todo rigor Derecho Público, para ir a torcer las líneas de las leyes en los gabinetes ministeriales. Ayer alentaron a los estudiantes en su actitud rebelde, y al día siguiente se sumaron en los Consejos de Gobierno a la lista de los ladrones y opresores. Pregonaban la honradez cuando eran meros profesionales sin esperanzas, y al rozar con algún negocio donde pudieran granjear buenas ganancias, abrían la conciencia a toda suerte de halagos y, con la conciencia, terminaban por entregar al Diablo el propio suelo de la Patria. Cuando estuvieron de frente a los gobiernos o cuando fueron de ellos marginados por cualquier causa, no hubo figura más odiosa que la del dictador en turno, ni misión más elevada que servir a la libertad. Luego, tomada una posición directiva, los compromisos de ayer se convirtieron en tolerancia para toda manera de vicios de los poderosos. De algunos políticos se dijo que debían de estar siempre presos, pues en las cárceles se comportaban como magníficos patriotas, mientras al tomar de nuevo un mando se convertían en feroces verdugos de sus amigos de ayer. Invirtiendo el orden de las cartas, creyeron ganar para siempre con las buenas bazas levantadas en las primeras manos de la partida. Llenos de méritos y de alabanzas por su recta conducta, se les vio llegar con el beneplácito público a encumbradas posiciones. El pueblo los miró como señuelo de esperanza. En cambio, cuando tuvieron posibilidad de hacer, jugaron cartas a fraude, con que arruinaron el capital logrado en la conciencia del pueblo. Olvidaron que en el orden de la política, como en el orden teológico de la salvación, sólo valen los actos postreros. La conducta de los hombres públicos vive más del mañana que del remoto ayer. Nada valen los méritos ganados en la llanura de la oposición, ante los desaciertos y las villanías en que se caiga a la hora precisa de poder hacer buenas las promesas y las palabras antiguas.

Esta trayectoria funesta ofrecida a la juventud y al pueblo en general por los hombres juzgados mejores en razón de su cultura y por la ventaja de la propia ubicación en los cuadros sociales, llegó a adquirir aspectos de insospechada deformidad, cuando nuestra vieja y apacible economía agrícola cedió el sitio a la vertiginosa economía minera. El tránsito provocó, como suele ocurrir en estos casos, la conciencia de aventura que caracteriza a

las explotaciones minerales: oro de California y de El Callao, petróleo de Pensilvania y de La Rosa, brillantes del Transvaal y de la Gran Sabana.

Si no se puede negar que en el orden directivo de la política se había evidenciado desde el siglo XIX el hecho cierto de la traición de los llamados mejores; si en verdad es premisa revestida de toda gravedad a través de nuestra historia, que el ejemplo sacrificado de José Vargas, Juan de Dios Picón, Fermín Toro, Valentín Espinal, Cecilio Acosta, Manuel María Carrasquero, Eusebio Baptista, Luís López Méndez, Agustín Aveledo, Luís Ezpelosín, Rafael Arévalo González ha tenido menos seguidores que el ejemplo gozoso de quienes pusieron la inteligencia, de manera irrestricta, al servicio de las más bajas apetencias, bueno es, también, tomar en cuenta el valor de aventura que alcanzó en nuestro mundo político y económico la explotación petrolera y la concepción de nuestros montes de hierro. Si en verdad el proceder de los altos políticos siguió la pauta antigua, y cuando se hizo una ley *ad hoc* en 1928 para complacer a la *Bethlehem Steel Company*, había el antecedente del Congreso de Guzmán Blanco que desmunicipalizó los ejidos de la Nueva Provincia para entregar sus tierras a las compañías del oro, un nuevo estilo de vida se produjo, no sólo en lo que dice al progreso material impulsado por el bienestar económico, sino en lo referente a la fácil riqueza lograda por medio de la participación en el beneficio de los concesionarios, por medio de la venta desvergonzada de los funcionarios y por medio de las altas participaciones otorgadas a los abogados que ayudaron a la entrega de la tierra y de las regalías de la Nación.

Se puso en resalto la fragilidad de muchos hombres tenidos por paradigma de virtudes públicas. Otros, en cambio, sin pactar con el provecho ilícito, no tuvieron fuerza para reaccionar contra la pesadumbre del momento. Entendieron el Estado como un sistema de orden y disciplina, sin cuidar que el uno y la otra fueran productos de un equilibrio justo entre el Poder y la voluntad general. Por nada se cuidaron del distingo fundamental entre orden consentido y orden impuesto. Es decir, entre Democracia y Tiranía. Pudieron iluminar la República con sus luces científicas y pudieron, también, erigir su honestidad privada en público ejemplo constructivo; más, tomados del conformismo y de la abulia, fueron elementos negados a servir a la evolución social. Su buena obra se limitó a difundir teorías en la cátedra, a disertar con brillo en las Académicas, a rendir en altos cargos un eficiente fruto burocrático. Traidores de

la inacción, pasaron por la vida cargados de valores, pero desprovistos de fe en sí mismos y de fe en el porvenir de la Nación. La Historia, no pudiendo ofrecerles ni la gloria ni el infierno, los coloca en el limbo de los irresponsables.

El hacerse una fortuna se convirtió para muchos venezolanos de la clase media y de la clase baja en la sola razón de la existencia y en la mejor manera de llegar a alternar con la absorbente oligarquía capitalina. Nada importó ya la manera de enriquecerse el hombre. Como la peripecia política ha pasado en Venezuela a ser la mejor industria, se buscó a todo trance una posición de confianza cerca de quienes pudieran facilitar al aspirante el goce transitorio de la milagrosa lámpara de Aladino. La aventura minera llegó a convertirse en manera de fiebre, como el *Amok* descrito por Stefan Zweig. Correr, correr, correr hacia donde apunte la posibilidad de un negocio, ha sido el plan de vida de muchos venezolanos responsables de la hora presente. El negocio –no ya minero, sino de todo orden de concesiones: licencias, permisos, contratos, porcentajes – ha destruido la fibra moral de gran número de hombres, otrora tenidos por ejemplo de corrección. Muchos, también acusados por el propósito de hacer o de rehacer una fortuna, han caído, sin advertirlo, en graves compromisos con intereses que contradicen la propia nacionalidad. Cumpliéndose más tarde en ellos la sentencia evangélica, pusieron el corazón y la inteligencia a defender, como algo natural, la propia entrega de la soberanía nacional. Traidores y ladrones se han sabido protegidos para el caso tras el apotegma funesto de que *en Venezuela nada quita ni nada da honra*.

Como la vida se ha juzgado a través de esta concepción concupiscente y cómoda, en el cual han incurrido espíritus de insospechada claudicación, han resultado, en consecuencia, por demás beneficiosos los gobiernos personales e irresponsables. Las razones sofisticadas que se invocan para intentar en el área de la Historia y de la Sociología una justificación para el hecho de que permanezcan como forma constante de gobierno los regímenes de fuerza, tienen, por ello, las raíces bien hundidas en el suelo del interés personal.

Los regímenes discrecionales de gobierno poseen una razón transitoria de ser. Montesquieu la explicó muy claramente y Bolívar la definió con meridiana precisión. Hay momentos en que urge echar un velo sobre la libertad política, al modo como se cubrían transitoriamente las estatuas de

los dioses, pensaba el severo autor de “El Espíritu de las Leyes”. Pero en razón de esa lógica heroica y pasajera no se puede aceptar que el manto llamado a evitar la fugaz contradicción entre las garantías del ciudadano y los intereses generales de la sociedad de que forma parte, se convierta en pretexto para encubrir bastardas aspiraciones de explotadores y de mandones.

Puede justificarse el fenómeno antiguo del gendarme como necesidad provincial de que el más fuerte tomase la misión de aquietar el desasosiego provocado por el ímpetu levantisco de un pueblo que gustó la igualdad y la libertad a boca de la República, sin haber conquistado los instrumentos prácticos de defenderlas: cultura intelectual y suficiencia económica. El caudillismo antiguo, tanto en Venezuela como en Argentina, de donde nos fue importada su fórmula “científica”, representó el estado natural de una sociedad donde el gamonalismo cantonal, provocado por la militarización de la guerra emancipadora, tomó formas anárquicas. Unos y otros han sido eliminado hoy por el progreso cultural de las clases trabajadoras y por las nuevas formas que ha adquirido el orden económico, de donde resulta arbitrario y ha adquirido el orden económico, de donde resulta arbitrario y antihistórico pretender eliminar los avances logrados desde 1936 por la deliberación del pueblo o con una deliberación regimentada por el fraude o la coacción.

Ayer pudo explicarse el prestigio de los caudillos. Gómez exhibía, como timbre honorable, haber derrotado en acción de guerra al propio vencedor del León de Payara. Pese a todo lo disvalioso que pueda imputarse al proceso de la dictadura gomecista, el “Caudillo de Diciembre” se presentaba en el panorama de la Historia vinculado heroicamente con los valores orgánicos de la epopeya antigua. Hoy los caudillos sin historia sólo tienen de respaldo el dominio material de las máquinas de guerra, asegurando por la disponibilidad de enormes presupuestos públicos. Ayer se impuso la plenitud salvaje y gozosa del hombre fuerte; a la hora presente el neogendarmismo no es sino la expresión en guarismos militares del poder corruptor del capitalismo oligárquico del interior y del exterior.

No se puede decir, tampoco, que los impulsos hacia la entronización ciega de la fuerza provengan de sectores donde se moviesen vigorosos ímpetus orgánicos. Los más definidos abanderados de esta peligrosa filosofía del hecho de fuerza como expresión neta de la conciencia venezolana —Alfredo Machado

Hernández, en su tesis doctoral, y Laureano Vallenilla Lanz, en “Cesarismo Democrático”— figuran entre los más distinguidos representantes de las altas capas de la sociedad. El pueblo, en cambio, de donde podría salir la fuerza bruta, piensa de diverso modo.

Menos pueden hallar justificación los apologistas de la dictadura cuando dicen que los hombres viejos debemos fatalmente mantenernos fieles al sistema en que crecimos, nos formamos y empezamos a servir. Los tiempos tienen su ley, tanto en la vida de los hombres como en la vida de los pueblos. Las sociedades pasan por estadios de ascenso y de descenso, que recuerdan las edades filosóficas del hombre. El gomecismo fue una época de minoría cívica. Fue, además algo que nosotros hallamos hecho y que después fue superado en el orden de la libertad y la justicia. No sería justificable que quienes gustaron la libertad y la seguridad del régimen de Medina Angarita regresasen a la apología de Nereo Pacheco. Menos aún que aquellos políticos que acompañaron a López Contreras en el camino democrático que hizo posible la realidad medinista, se comprometiesen a llevar el país la irresponsabilidad antigua. La lealtad de los políticos no consiste en mantenerse a sus errores, sino en reconocer éstos y buscar su emienda. Explicar la política de Gómez a la luz de la Sociología y de la Historia es deber de quienes se interesan por la verdad de nuestro pueblo y por la memoria del Jefe de ayer; pero intentar la justificación de nuestro regreso a las formas subalternas de la dictadura, es error crasísimo. ¿Por qué, en cambio, no se ensaya el altivo tono de voz con que el general Gómez se opuso durante la primera Guerra Mundial a la política de guerra de los Estados Unidos y a las pretensiones de los países extranjeros que querían hacernos pagar injustas reclamaciones? ¿Por qué no se defiende aquel intenso amor a la tierra nativa, que hizo del Caudillo una especie de brujo rural?

En cambio, “necesito pasar cómoda y tranquilamente mis últimos años”, es frase que repiten para explicar su adhesión a la dictadura aun hombres que ayer alcanzaron fama de honestos, combatiendo el gomecismo. Se parecen éstos al burgalés Zumel, quien, después de haberse exhibido en las Cortes de Valladolid como portavoz de la resistencia de las ciudades a las pretensiones de Carlos I, terminó por vender su voto al oro palatino, para convertirse por su conducta, en ejemplo histórico de quienes saben prestigiarse para el provecho del negocio. Por ello, gendarmismo y comodidad son valores que se acoplan en el proceso aniquilador de la República.

Comodidad e irresponsabilidad han sido, y continúan siendo, los solos fines perseguidos para sí por las clases oligárquicas que han arruinado el destino cívico de Venezuela y que con su torpe conducta están provocando una reacción popular capaz de alcanzar dimensiones catastróficas.

Mientras la riqueza minera ha servido para relajamiento de las capas privilegiadas, el obrero y el asalariado de la clase media han aprovechado la oportunidad de mejor remuneración para crearse un nuevo estilo de vida y para formarse un mejor concepto de su misión como factores sociales. La instrucción que hasta ellos ha llegado en estos últimos años y la voz orientadora de quienes les han explicado sus derechos y sus deberes, los han puesto en condiciones de discernimiento frente a los problemas del país, que bien indica su madurez para el ejercicio de las actividades cívicas. Ello lo evidencia el buen sentido con que el pueblo, en medio de su indefensión, sigue las consignas que le señalan los partidos democráticos, mientras las clases altas se afanan por crear artificiales caudillos que les garanticen la irresponsabilidad de su conducta pública.

Al pueblo, para la plena realización de sí mismo, sólo ha faltado el buen ejemplo de los hombres que alcanzaron los sitios de primacía. El, en cambio, ha presenciado absorto las continuas crisis sufridas por la República, y en ellas ha visto el ejemplo doloroso de la facilidad con que se rompen los vértices morales donde parecía que ganaba máxima altitud la sociedad. De la propia generación valiente y abnegada del 28, surgida, podría decirse, casi espontáneamente, en lo que se relaciona a la falta de rectores extraños, cuántos se han desmoronado al más leve contacto con los instrumentos del Poder y de la abundancia económica, y cuántos, al ejercer aquél, olvidaron sus anteriores compromisos democráticos. No radica el daño social en la sola pérdida, para la eficacia de la acción, de valiosos elementos. El problema deja de ser individual para convertirse en problema colectivo. Nada importaría que esta o aquella persona sucumbiese a la primera prueba positiva. Para lo individual, el caso se resolvería, a la usanza romana, con la *damnatio memoriae*. Pero en lo social es todo lo contrario. Su recuerdo queda como ejemplo desalentador para las nuevas generaciones. De los cadáveres físicos se deshace fácilmente la sociedad con darles piadoso enterramiento en los camposantos. Los cadáveres morales mantienen al correr del tiempo el miasma putrefacto que envenena la conciencia del pueblo joven.

Sobre quienes yerran o delinquen en el orden activo de la política recae visiblemente la sanción de la opinión pública, a la par suya se mueve el cuadro de los incoloros aprovechadores del Poder. Así se autodeterminen “fuerzas vivas” del país, jamás asumen responsabilidad oficial por la cual puedan más tarde ser puestos en evidencia. A su lado aparecen, llenos de faltas, los pequeños funcionarios que soportaron el peso de visibles circunstancias, sin haber, con su censurada conducta, realizado los perjuicios ni recibido los favores que los otros alcanzaron tras disimulados bastidores. De aquéllos puede decirse que forman una variada fauna de simuladores y de pacatos, a quienes los hombres bisoños del poder se consideraron obligados a rendir parias, ora por su prestigio social o económico, ora en razón de su habilidad en achaques de leyes, ora en virtud de una falsa fama de rectitud o de sapiencia. A la husma del favor de todos los gobiernos se les ha visto ataviados de la casaca de Casa León, en los jardines de “Las Delicias”, dedicados, a la lisonja del “Benemérito”, cuya amistad y favores después negaron; en “Las Quebraditas” rindieron pleitesía engañosa a López Contreras, y en Miraflores llenando de falsas palabras los oídos blandos de Isaías Medina; después de haberse expuesto a la risa sarcástica de Betancourt y a la fina ironía del Maestro Gallegos, se partieron en tres y hasta en cuatro para agradar a los personeros de la dictadura militar. Todos son amigos del orden. Todos motejan hasta de terrorismo a los hombres que buscan un sentido humano para la relación de la política y que exponen la tranquilidad personal para dar ejemplo de inquietud creadora a un pueblo y a una juventud que reclaman la enmienda de sus directores. Se llaman ellos conservadores del decoro nacional, y sólo saben guardar las buenas monedas para sus placeres egoístas, mientras, sin escrúpulo alguno, destrozan las leyes y mercan con la riqueza y con el decoro de la Nación. Al mismo Bolívar, símbolo humano de la nacionalidad, lo utilizan como instrumento adecuado para mentir una supuesta preocupación por los problemas espirituales del país. Encerrados en una concepción mezquina de la política, han adulterado el propio espíritu de aquel que fue todo acción para dar libertad e independencia a la Patria venezolana. En función social no han tenido otra conciencia que el imperativo de su transitoria necesidad. Por ello, no han sabido ni han podido transferir a la Nación una continuidad que le sirviese de fuerza creadora. Se han limitado a hacerla partícipe de sus *mens momentanea*.

Se tienen ellos, y así los miró por mucho tiempo el común del pueblo, como los mejores representantes de la sociedad. Su clase la componen los escritores, los legistas, los clérigos, los abogados, los médicos, los ingenieros que, según el caso, han torcido o enderezado letras, leyes, saludes, caminos y conciencias para ganar sus jugosas prebendas o sus ricas comisiones. Al grupo buscan de sumarse incautamente muchos individuos de modesto origen, que en llegando a despuntar en orden de la economía o de la cultura, se tornan traidores de sus propios estamentos y juguetes dóciles de los intereses oligárquicos. Cuando la juventud los esperó fieles a las buenas palabras enunciadas en la tribuna, escritas en el libro y en el periódico, repetidas en el club, en la academia o en la cátedra, aparecieron, por lo contrario, en alegre comparsa con los censurados de ayer, a quienes para justificar su conducta actual, encuentran notablemente superados en el orden del servicio. ¡Triste espejismo les hace creer que aquéllos cuya conducta criticaron ayer han subido hasta su antiguo y roto nivel, sin darse cuenta, los pobres, de que son ellos quienes han descendido hasta la humillada sima de los otros!...

¿Cuál es, en realidad, la causa de la constante traición de los tenidos por mejores?... Al correr de nuestra accidentada y dolorosa historia, hallamos, entre los tantos elementos que explican la deficiencia de nuestra vida pública, la extraordinaria influencia que en el orden de la economía general ha desempeñado el Poder, ora por el apoyo ofrecido a los negociados y por la garantía prestada a quienes se le rinden sumisos, ora por el presupuesto fuente de mantenimiento de una numerosa y sumisa burocracia. Tampoco, en el orden de la función pública, se sustituyeron uno por otros los partidos políticos. Se sustituyeron simplemente hombres, a quienes de inmediato rodea el incondicionalismo de los servidores del régimen pretérito. Estar con el poderoso es un medio de vida puesto en ejecución por los endeble y oportunistas felicitadores, que se muestran partidarios entusiastas del hombre combatido hasta la víspera. Sin doctrina, sin principios, sin otros propósitos que servirse de las fuerzas de la Nación, los hombres se acostumbraron a moverse en torno al gobernante como las moscas en torno al rico pastel. Se careció de rumbo que guíase la política de los grupos personalistas, por cuanto hubo una permanente carencia de sistemas que dieran marco a la verdad sobre la cual tomasen cuerpo y fuerza los principios. Un país sin sistema puede calificarse, dentro de la fenomenología social, como país sin verdades. Casi un anti-país. Entre nosotros,

las nobles causas fueron sustituidas por las apetencias vulgares, y ser del gobierno llegó a constituir consigna con que se granjearon beneficios, ora en posiciones oficiales, ora en la privanza de quienes ayudan a hacer buenos negocios. Ha llegado a tales extremos la necesidad de tener figuración en los cuadros del gobierno, que aun hombres que pudieran considerarse económicamente independientes y libres, dieron y dan sus nombres y el nombre de sus hijos a las listas serviles y medrosas de adherentes al oficialismo.

¿Qué no hemos hecho?... Largo proceso de hombres caídos, contra los cuales son pocos, tremendamente pocos, quienes puedan arrojar la primera piedra, nuestra historia reclama una profunda y centrada meditación. Panteón de estatuas mutiladas o descabezadas, el de nuestro pasado político ofrece temas de valor extraordinario. Sin embargo, queda en el recuento de personajes históricos muchos nombres con fuerza y eficacia para hacernos ver cómo no es ley obligada el conformismo pregonado por los agoreros de la dictadura. Ciertamente que hombres llamados por su altitud moral, por su cultura intelectual, por su posición social, por su prestigio universitario, han traicionado, por acción y omisión, a las generaciones que esperaron de ellos el ejemplo decoroso y altivo con cuya repetición y difusión se hubiera salvado la República. También la Historia ofrece nombres que, probando la posibilidad de la conducta contraria, son testimonio de la perdurabilidad fecunda de los ideales desamparados.

Contra los que escudan la entrega o la inacción tras la frase pesimista y medio cínica de “¿qué se le va a hacer a esto si así hemos sido siempre!”, erijamos el ejemplo antiguo de los nobles varones que no traicionaron su conciencia ni sembraron cizaña en el trigal. Los hombres son lo que quieren ser. No existe ley alguna que impida la ascensión de nuestra Nación. Estamos justamente viendo el esperanzado ejemplo de las masas populares. Todos los días afinan su conciencia de clase y procuran mejorar sus instrumentos de defensa. Sólo en los altos cuadros, tenidos por portavoces de la cultura nacional y por expresión de la fuerza moral y económica del país – doctores, clérigos, periodistas, escritores, banqueros, industriales, comerciantes y terratenientes – permanece inalterable la vieja conciencia sensualista, que pone por delante el beneficio y la comodidad como regla de acción pública. Sin embargo, a la minoría histórica de hombres que supieron cumplir con su deber, hace par, también, una minoría cargada de sufrimientos, que se empeña en seguir mostrando, dentro y fuera de la República, que la vida social

tiene a la mayoría cobarde y placentera que a todo se conforma de grado o por temor de comprometer la tranquilidad individual; existe una minoría que sabe vencer el miedo y la prudencia culpables, para decir la verdad sobre nuestra hóna crisis, agrandaba hasta límites de vergüenza por el silencio público de quienes, sirviendo a la opresión, hacen gala en el radio doméstico de su disconformidad con los procedimientos de los gobernantes. ¡Embajadores, Senadores y aun Ministros que se dicen forzados por el régimen a asumir posiciones en que se sienten inconformes!

El peligro hace a los hombres y a los pueblos. Al generalizarse la virtud heroica, los hombres encuentran un canon funcional que da unidad a sus acciones. No se necesita para ello la inminencia de un peligro bélico en el orden positivo de la Nación. Al mirar con ojos claros hacia todos los vientos de la hora, en cualquier parte asoman señales que prueban la quiebra de la República. ¿No es suficiente saber que se conspira contra la dignidad de la República para ponernos todos a la obra de salvarla? ¿Se necesita, acaso, que una potencia extranjera llegue a hollar materialmente el decoro nacional para que los ciudadanos salgan a una a defender la Patria y resuelvan olvidar mutuamente los odios estériles que mantiene en espantosa anarquía a la sociedad?...

De nuestro pasado debemos tomar, no la lección de pesimismo aconsejada por los conformistas que sólo ven lacras y defectos en el pueblo, sino las lecciones magníficas que nos dan los hombres ejemplares. Bolívar y los grandes varones de la nacionalidad reclaman algo más que el culto de beatería que les ofrece el oficialismo. No pide el Libertador para su tumba y sus estatuas homenajes de coronas colocadas por quienes tienen las manos cargadas de pecados contra la República. Al fariseísmo de las honras palabreras e hipócrita, rendidas por los mismos hombres que colocan dioses extraños en los altares de la Patria y que traicionan la libertad y el decoro del pueblo, es preciso oponer una realidad creadora, que haga posible tanto la dignidad interna como la dignidad internacional del país.

Falta, debemos decirlo una vez más, una conciencia de fin que dé unidad a la acción colectiva. Carecemos de fe en nosotros mismos, por cuanto nos falta esa conciencia finalista. Jamás, después de la emancipación de España, nos hemos preocupado por crear valores que pudieran haber dado carácter de unidad al esfuerzo disperso de los hombres. Al recto y aglutinante sentido de lo nacional, hemos

preferido un patriotismo romántico y disperso que, satisfaciendo la sensibilidad con la mera evocación de epopeya, nos ha llevado a erigir la desorientación en categoría permanente. Los valores morales llamados a formar el canon social fueron reemplazados por posiciones agoístas y opuestas, consiguientemente, a la actitud alegre y extrovertida que sirve de manadero a la confianza. Lejos de haber trabajado aunadamente por una Venezuela que garantice a todos el cumplimiento de su humano destino de plenitud y de libertad, cada quien se hizo una Venezuela quebradiza en los moral y ubérrima en la ventaja del hartazgo individual.

Vivos, aunque soterrados, están los hilos que unen nuestro presente con el pasado glorioso que dio a Venezuela puesto cimero en el orden institucional de América. Es preciso insuflar denuevo ese viejo espíritu de sacrificio y de dignidad en todas nuestras instituciones. Los hombres viejos ya no podremos tal vez hacerlo. Llevamos tantos pecados a cuestas, que sólo el reconocerlos nos alivia de responsabilidad y sirve a los jóvenes de avisos para no caer en ellos.

Es necesario recordar a nuestros hombres civiles y a nuestros disciplinados soldados que no existirá ninguna República mientras cada quien no sienta sobre sí la carga de responsabilidad que le compete como miembro de la comunidad. Iguales en esencia nacional los unos y los otros, quizá sea mayor la responsabilidad de quienes tienen la nobilísima misión de custodiar las armas destinadas a defender las instituciones destinadas a defender las instituciones y a hacer efectiva la seguridad social, mayor aún en el momento presente del país, en razón del compromiso que tienen de justificarse ante la Historia por la funesta irrupción deliberante que en 1945 hicieron como cuerpo en la política de la República. Si ayer el Ejército sirvió de sostén pasivo a la política de los Caudillos, hoy se ha evocado imprudentemente, por sí propio, peligroso ejercicio de funciones privadas del mundo civil.

Tampoco existe razón para que prosiga el divorcio medroso entre Pueblo y Ejército. Este lo forman los mismos ciudadanos que, junto con los paisanos, integran la gran masa del pueblo. Tal vez ocurrió que, después de cumplida por el pueblo armado –eso fue nuestro glorioso Ejército Libertador – la portentosa misión de asegurar en los campos de batalla la República planeada por los ideólogos del civilismo, el viejo Ejército de las grandes victorias de la libertad, fue tomado por el espíritu de las montoneras que soportaban la voluntad

de los dispersos caciques. Más tarde, al ser anulada por el caudillo único la acción de los personeros del gamonalismo regional, quedó al Ejército regular como sustentáculo del omnímodo poder de aquél.

Durante los últimos años nuestros cuerpos castrenses han mejorado extraordinariamente en el orden técnico y en los que dice a comodidades para la vida del oficial y del soldado. Sin embargo, el Ejército prosigue divorciado del pueblo. En un afán de pronunciar la distancia se ha intentado crear para los cuerpos armados un sentido mesiánico, que los colocaría sobre el propio orden institucional de la República y que lo aleja aún más de la realidad del pueblo de donde salen sus componentes. Engañados oficiales y soldados por medio de esta hábil y funesta falacia, han sido llevados incautamente a constituirse en adversarios de las fuerzas populares y en dóciles cómplices de los mercaderes que venden diariamente un nuevo jirón de la dignidad nacional. Lejos de estar sirviendo al pueblo, al orden y a la paz, el Ejército, sin advertirlo, está sirviendo hoy al grupo de enemigos de la nacionalidad.

Pueblo y Ejército, clases dirigentes y clases que pugnan por ascender en el orden lógico de la suficiencia, reclaman una nueva acción conjugante que salve la dignidad democrática y a la dignidad nacional de la República. A la hora presente de América es requerido romper los viejos amañados moldes de la política y ganar nuevos métodos para alcanzar la plenitud creadora de Venezuela. Cuando la economía pública y la economía privada han logrado su mayor desarrollo y el país cuenta con posibilidades para grandes creaciones en el orden material de la Nación, sólo urge que esa acción de progreso tenga también su lógica expresión en el campo de la política, de la moral y de la cultura. De nada valen magníficos establecimientos penales, donde van a dar con sus huesos ciudadanos que resisten la dictadura.

El camino de la desesperación que pintan los negadores de las virtudes del pueblo ha de ser reemplazado por el ancho y seguro camino de la confianza en nuestras cualidades de excepción. Pueblo lleno de excelentes aptitudes, el nuestro sólo reclama una generosa dirección. Tan maleable es a los ejemplos que le transmitan los hombres dirigentes, que político de la experiencia del viejo Guillermo Tell Villegas Pulido refería en cierta ocasión cómo la gente del tiempo de Guzmán Blanco cultivó barba al estilo de Napoleón III, cuando el Ilustre Americano la importó de Europa; cómo en la época de Crespo

se empeñaron los buscadores de la gracia del Héroe del Deber Cumplido en mostrarse de tarde por las calles de Caracas, luciendo el garrasí y el liquiliqui de los llanos; cómo, cuando gobernaba Rojas Pául, las iglesias se mantenían llenas de fervorosos devotos; cómo en los alegres tiempos de Andueza Palacio era título de altura frecuentar la amistad de las grandes artistas de la Opera y producirse en grandilocuentes discursos; cómo, cuando Castro era Presidente, nada estuvo tan de moda como poner la “Cuadrilla” y los “Lanceros” en los frecuentes bailes con que era festejado el “Invicto”; cómo en tiempos de Gómez era obligado a quienes querían alcanzar prestigio dominguero en Maracay, convertirse en expertos galleros o en apostadores alegres a las espuelas de los buenos gallos de los Muchachos. Y decía esto el desenfadado político para advenir en 1939 a un grupo de Ministros que la flamante Contraloría General de la Nación no pasaría de ser un elefante blanco, destinado a aumentar el papeleo burocrático, sí los hombres de arriba no resolvían dar ejemplo de pulcritud administrativa.

Nuestro pueblo ha estado pendiente del ejemplo y de la palabra de los mayores. Cuando se acercan a dialogar con él los hombres que se dicen portadores de la verdad y de la esperanza, sabe distinguir la buena de la mala palabra. Ya no sigue el primer gritón de esquina que lo invite a engrosar las malas cuasas, ni se deja llevar ciegamente por el primer simulador que escale cátedras encumbradas. Fina es la antena suya para captar el sentido de las frases y para distinguir la voz de quienes le pintan el buen camino, de la voz melosa e insinuante de quienes intentan engañarlo. Parece dormido e indiferente, pero ha probado que a la hora de la verdad sabe decir su palabra, no por medio de la algazara y del bochinche, sino a través de los instrumentos del civismo. No se le oye. No se le atiende. No se obedece sino a través de los instrumentos del civismo. No se obedece su querer soberano. Pero él sigue con la misma fe en su destino. Callado. Paciente. Vigilante.

Por ello, más que hablar al pueblo humilde, es necesario hablar a las clases y cuerpos obligados a revisar su conducta histórica frente a las masas. De esa revisión podría lograrse un sentido de equilibrio, que deje comprender a los grupos dirigentes cómo, para evitar que la vieja pirámide social sufra un vuelco de posición y el vértice se vea aplastado por la pesadumbre de la base, es urgente empezar a cambiar voluntariamente la configuración geométrica de la sociedad y buscar un apropiado juego de líneas que haga fácil la rotación de las aristas, sin riesgo

de que se quiebre la armonía del conjunto social. Para lograrlo es preciso crear lealmente una unidad de fines en la conciencia nacional. Se necesita que frescos valores humanistas revitalicen, en un sentido de cooperación, la obra general de la comunidad. Sobre la realidad diferencial de nuestra historia, como en tronco fecundo y vigoroso, injertar los conceptos universalistas y cradores de la nueva justicia social.

Sí, en cambio, las llamadas clases directoras y las Fuerzas Armadas que sostienen el aparente equilibrio del Estado, no procuran en tiempo solucionar el hondo y crecedero problema creado por los nuevos odios sociales y personales, no habrá mañana voces capaces de calmar el vendaval de la venganza ni ceniza bastante para apagar las llamas del incendio voraz...

San José de Costa Rica, 19 de enero de 1953